



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

La Revolución de 1854, prueba de fuego para la Guardia Civil

Eduardo Martínez Viqueira

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Historia Militar

1 de mayo de 2026

Cuando todavía resonaban en España los ecos de las «tormentas del 48», a decir de Galdós, estallaba una nueva revuelta en Zaragoza en febrero de 1854 con el levantamiento del Regimiento de Córdoba, prontamente sofocada. Pero en junio se generalizó la conspiración, de la que sobresalía Leopoldo O'Donnell como cabeza visible del grupo de generales implicados. A su vez, Cánovas del Castillo emergía como el político más destacado y artífice del *Manifiesto de Manzanares* del 7 de julio.

Con la primera intención de derribar el Gobierno de Sartorius, el 30 de junio se enfrentaron en las proximidades de Vicálvaro las tropas sublevadas al mando del general Domingo Dulce, que actuaba a las órdenes de O'Donnell y con el apoyo de otros generales, a las tropas gubernamentales del general Bláser, Ministro de la Guerra, entre las que se contaba en vanguardia tres mitades de caballería de la Guardia Civil. La *Vicalvarada* terminó con un resultado incierto y escasas bajas por ambos bandos, pero fue muy destacable la actuación de la columna de la Guardia Civil, al mando del prestigioso brigadier Alós, jefe del 1º Tercio de Madrid, para contener a las fuerzas rebeldes; mientras rechazaba las conminaciones de los sublevados, en clara superioridad, para que depusiera sus armas.

Al mismo tiempo, el duque de Ahumada, Inspector General de la Guardia Civil, había ya adoptado medidas para la concentración de toda la fuerza del Cuerpo en las capitales de provincia y en Madrid, siguiendo las prevenciones del Gobierno. El propio Ahumada se había situado al frente de las fuerzas del Tercio de Madrid que protegían eficazmente el Palacio Real, tal y como marcaban entonces los procedimientos en la Corte, ante el estallido de una revuelta.



Batalla de Vicálvaro (1854). En este enfrentamiento, previo a la Revolución de 1854, intervino un escuadrón de la Guardia Civil entre las tropas gubernamentales. Oleo de Augusto Ferrer-Dalmau

Pero la revolución posterior adquirió dimensiones absolutamente imprevistas y no buscadas por los generales pronunciados, generalizándose en Madrid y otras ciudades a lo largo del mes de julio. De este modo, se iba a hacer frente a aquel levantamiento desde el Gobierno a partir de una muy deficiente planificación, con una Guardia Civil completamente desbordada por la grave situación de desorden y una total ausencia de instrucciones claras para hacerle frente. El resultado no podía haber sido otro. En Madrid, los graves enfrentamientos que tuvieron lugar en torno a la Plaza Mayor y calles adyacentes los días 17, 18 y 19 de julio supusieron para la Guardia Civil el trágico balance de 7 muertos y 17 heridos graves, en su afán por intentar mantener el orden y evitar ser desarmados por la multitud encrespada.

La fuerza de la Guardia Civil del 1º Tercio de Madrid, al mando del brigadier Alós, adquirió un protagonismo fundamental en aquellas tres jornadas sangrientas que

discurrieron por las calles de Madrid. La fuerza del Cuerpo concentrada en la Capital era de algo más de 700 efectivos, que detrayendo los necesarios para prestar los servicios de seguridad encomendados y de vigilancia de las carreteras de acceso a Madrid, suponían menos de 600 para hacer frente a aquella revuelta, junto a las unidades del Ejército. Además, Madrid se encontraba en aquel momento casi desguarnecida, de modo que la tercera parte de los efectivos disponibles eran los aportados por la Guardia Civil. Y, por si fuera poco, cerca de 500 de los soldados eran quintos recién incorporados a filas, sin instrucción ni equipamiento.

Ante la tensión creciente en toda España, el Gobierno de Sartorius dimitió en la misma mañana del 17 de julio. Llamado a Palacio el general Fernández de Córdova, se le encargó formar Gobierno, buscando una solución pactada. Al mismo tiempo, el general confirmaba a Ahumada al frente de las fuerzas que debían defender el Palacio Real, en caso de que estallara la revuelta.

Pero la situación se precipitó en cuestión de horas, y aquella misma tarde del 17 de julio, se formó espontáneamente una manifestación que fue creciendo en asistentes y en agresividad hasta llegar a la Puerta del Sol. Replegada al interior la fuerza que custodiaba la sede del Ministerio de la Gobernación, un grupo de agitadores se dirigió por la calle Mayor al Gobierno Civil, apoderándose de unos 400 fusiles y otras armas.

La fuerza del tercio de la Guardia Civil se hallaba concentrada en sus instalaciones de los cuarteles de San Martín y el antiguo de los guardias de corps, junto al del Conde-duque, constituyendo dos batallones provisionales. La distancia entre ambas instalaciones y el fraccionamiento excesivo de la fuerza, por los muchos cometidos a atender, iban a impedir actuar reunida a toda la unidad de la Guardia Civil.

Ya anochecido, un centenar de efectivos de la Guardia Civil ocupaban las dependencias del Gobierno Civil y el ayuntamiento. Poco más tarde, un nutrido grupo de agitadores se presentó de nuevo ante el cuartel de San Martín, pidiendo armas. Ante la negativa y el cierre del edificio, se dirigieron a la Inspección General de la Guardia Civil, ubicada en un edificio contiguo, consiguiendo derribar la puerta de entrada. No obstante, tuvieron que abandonar el lugar ante la reacción de los guardias civiles allí concentrados. Las puertas del Ministerio de la Gobernación, en cambio, cedieron al fin ante las turbas, apoderándose de las armas que allí se custodiaban. También fueron asaltados algunos pequeños destacamentos de la Guardia Civil en diversos edificios de Madrid, sin que los escasos agentes que los custodiaban pudieran impedir que los alborotadores, muy superiores en número, se hicieran con las armas.

Sobre las diez de la noche, unos 150 guardias civiles recibieron orden de salir del acuartelamiento de los guardias de corps para tomar posiciones en torno a la Puerta del Sol, concentrándose posteriormente en el palacio de Buenavista, sede del Ministerio de la Guerra. Al mismo tiempo, un importante grupo de revoltosos se dirigió desde la Plaza Mayor hacia el Palacio Real, por lo que el comandante Hernández Soto, que con sus guardias civiles custodiaba el Gobierno Civil, se interpuso formando una barrera, con apoyo de dos compañías del Ejército. Recabadas instrucciones, Fernández de Córdova dispuso que se abriera fuego y se hiciera uso de las bayonetas contra las turbas, si intentaban sobrepasar la línea por la fuerza. Pero conminados los concentrados a deponer su actitud, se dispersaron sin que fuera preciso hacer uso de las armas.



Episodio de la Revolución de 1854 en la Puerta del Sol. Cuadro de Eugenio Lucas Velázquez.

Ya de madrugada, se constituyó, al fin, el nuevo Gabinete, encabezado por el duque de Rivas, Fernández de Córdova como Ministro de la Guerra y varios ministros progresistas en el equipo. Pero aquella medida no pareció calmar los ánimos, ya demasiado excitados.

Cuando amaneció el día 18, el comandante Olalla recibió la orden de dirigirse desde Buenavista a ocupar la Plaza Mayor, y asegurar las comunicaciones del Ministerio con Palacio. Más tarde se dispuso que todos los efectivos de caballería de la Guardia Civil, que totalizaban 74 hombres, se dirigieran a Palacio, desde donde escoltaron hasta Buenavista una columna mandada por el general Mata, permaneciendo luego de retén en el Prado.

Pero lo peor estaba por llegar. La pésima labor de intermediación con los revoltosos desarrollada por el brigadier Garrigó, antiguo jefe del Regimiento Farnesio, provocó que 150 guardias civiles, al mando del comandante Olalla, que ocupaban la Plaza Mayor, se vieran desbordados por las turbas y fraccionados en pequeños grupos.

Ante aquella situación, se dio orden de recuperar la Plaza Mayor por la fuerza, desplazándose desde Palacio una columna con dos compañías del Regimiento de Extremadura y dos piezas de artillería, con el refuerzo de unos 120 guardias civiles, al mando del comandante Hernández Soto y el capitán López Espinosa. El acceso a la Plaza Mayor desde la calle de Ciudad Rodrigo se había convertido en un infierno, recibiendo fuego de los revolucionarios desde la barricada que habían levantado, los edificios y las calles adyacentes. La columna que progresaba sufrió numerosas bajas. Entre los guardias civiles se registraron varios muertos y heridos. Finalmente, la plaza fue reconquistada, aunque para ello tuvo que ser ocupada palmo a palmo, por la resistencia encontrada.

En la tarde del día 18, dos secciones de caballería de la Guardia Civil recibieron la orden de escoltar una columna del Ejército mandada por el general Mata para limpiar de insurrectos una zona de callejuelas. En su aproximación recibieron nutrido fuego, hasta llegar a la Puerta del Sol. Desde allí, la fuerza del Cuerpo hubo de cargar por la calle Mayor para despejarla de alborotadores armados, sufriendo en aquella acción sensibles bajas. Una tercera sección salió del palacio de Buenavista escoltando una columna de soldados y artillería, al mando del coronel de la Gándara, consiguiendo limpiar de insurgentes la zona de Atocha.

El cuartel de guardias de corps, ocupado por apenas medio centenar de guardias civiles, comenzó a ser atacado por los insurrectos, llegando a penetrar en el edificio. Pero a primeras horas del día 19 recibió el refuerzo de 100 guardias civiles, a las órdenes del coronel Javier San Martín, que acababan de llegar a Madrid por ferrocarril, procedentes de la división de Bläser, en su retorno urgente a la capital. No obstante, allí tuvieron que hacerse fuertes hasta el día 22.

Por su parte, el cuartel de San Martín continuó siendo asediado hasta el día 21, rodeado de barricadas por los amotinados, que llegaron a cortar el suministro de agua, aunque no se atrevieron a atacarlo abiertamente. Algunos guardias, no obstante, fueron rodeados por la masa y sometidos a todo tipo de vejaciones, hasta que pudieron ser liberados.

Tras el triunfo de la revolución, para salvar el Trono, la Reina Isabel II pidió al general Espartero que se hiciera cargo del Gobierno, mientras O'Donnell era designado Ministro de la Guerra.

La Guardia Civil pasó a mostrar su lealtad al nuevo Gobierno constituido, de acuerdo con su naturaleza, lo que caracterizará desde entonces su trayectoria a lo largo de su historia. Pero la Institución, en cumplimiento estricto de su deber, se había significado especialmente en sofocar aquella rebelión, pues la mayor parte de las unidades del Ejército se habían mostrado remisas ante la confusión reinante. Aquella actitud decidida de los miembros del Instituto provocó que los sectores más radicales reaccionaran violentamente para pedir su disolución, postura que fue secundada por buena parte de la prensa. Se pedía abiertamente la pena de muerte para los oficiales de la Guardia Civil, que habían destacado especialmente por su encomiable actuación al frente de sus hombres, y la iniciativa y capacidad de decisión que hubieron de arrostrar, en ocasiones abandonados a su suerte y la de la fuerza a sus órdenes. También fueron numerosas las acusaciones falsas y graves calumnias contra los miembros del Cuerpo, con el fin de desacreditarlos.

Como medida provisional, en tanto se tomaba una decisión, se dispuso la concentración de la fuerza de la Guardia Civil en el castillo de Villaviciosa de Odón, a la espera de órdenes. Allí permanecieron desde el 22 al 27 de julio, en que se fue normalizando la situación, bajo la enorme incertidumbre sobre el futuro personal de aquellos hombres -y, por ende, el de sus familias-, así como el de la propia Institución.



Teniente general Facundo Infante Chaves, segundo Inspector General de la Guardia Civil entre 1854 y 1856. Servicio de Estudios Históricos de la Guardia Civil.

Al propio tiempo, el duque de Ahumada era destituido el 1 de agosto por O'Donnell para contentar a un sector de los vencedores. Fue relevado por el esparterista teniente general Facundo Infante Chaves, que se hacía cargo de la Inspección General el día 22 de agosto.

En el nombramiento de Infante Chaves hay que entrever, pese a todo, la voluntad del general Espartero de mantener con vida a la Guardia Civil, tal vez aconsejado por O'Donnell, pues nombraba para dirigirla, no solo a uno de sus más leales generales, sino al que había sido su Ministro de Gobernación durante el periodo de Regencia que había presidido hasta 1843. Sin duda, Espartero consideró que, puesto que de ningún modo podía prescindir de la Guardia Civil, sobre todo en el entorno rural, el general Infante era una garantía

para sostener la Institución y, además, controlar sus posibles reacciones tras la revuelta. La visión de Estado de Infante Chaves, que simultaneó la Inspección General del Cuerpo con la presidencia del Congreso de los Diputados, se encontraba por encima de su ideología, de forma que, llegado el momento, no dudó en defender a la Guardia Civil que recibía en herencia.

Finalmente, la Guardia Civil vio disminuidos sus efectivos hasta unos nueve mil, pero no fue disuelta. No mucho tiempo después, la prensa que había alentado la revuelta y atacado a la Institución desde sus páginas, se refería a la Benemérita con elogios. El periódico progresista *La Iberia* afirmaba un par de años más tarde que «España está, y debe estarlo, muy satisfecha de la creación de una Institución que tan dignamente corresponde al objeto para que fue establecida».

La *Década Moderada* (1844-1854), coincidente con los primeros diez años de vida de la Guardia Civil, había resultado trascendental para la consolidación del Instituto como referente casi único de la seguridad en España. La Guardia Civil había nacido y crecido en un momento de reestructuración administrativa del Estado, con un replanteamiento del concepto de propiedad, con arreglo a unos principios basados en el orden y en un periodo de creciente predominio burgués. Era evidente, por tanto, el fuerte respaldo de los liberales moderados, que la habían creado y ostentado el poder durante aquel periodo. Pero la Guardia Civil no había nacido para servir a los intereses del moderantismo o sus puntos sociales de apoyo. Por el contrario, había demostrado en aquellos primeros años haber trabajado en beneficio del Estado y del interés general.

Pero lo cierto es que, al llegar a 1854, la Guardia Civil tenía aún pendiente de superar una reválida para demostrar su independencia política y desvincularse de los moderados, y la oportunidad había llegado con aquella revolución. La postura de los progresistas había sido de oposición a la Guardia Civil durante la *Década Moderada*, aunque guiados más por la procedencia del Instituto, que vinculaban plenamente con el moderantismo, que por sus actuaciones. La Guardia Civil era, para los progresistas, una fuerza moderada, en contraposición al modelo que defendían, basado en la Milicia Nacional.

Al fin, tras la Revolución de 1854, la Guardia Civil había conseguido superar su primera prueba de cambio ideológico en el Gobierno, y con ello, su procedencia moderada. A partir de entonces, comenzaba un nuevo camino que la transformaría de institución de partido en institución nacional. ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2026